

EL CARNAVAL EN SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

Por Nancie L. González.

AUNQUE DIFERENCIAS EN "ETNICIDAD" y/o contenido cultural han sido ordinariamente aceptados como criterios básicos para la diferenciación de segmentos dentro de una sociedad plural, la sugerencia de Lewis (1965) de que los segmentos sociales de las clases bajas mexicanas tienen una cultura distintiva ha provocado considerable confusión en la literatura sobre el concepto de la sociedad plural. Una de las presunciones básicas ha sido que los grupos étnicos y las clases sociales en la sociedad plural son congruentes. Lo eran y lo son en muchas partes del mundo, como las estudiadas por Furnivall (1945) y por Smith (1965), pero a menudo éstas varían independientemente en otras partes. Sin embargo, las clases sociales se ajustan a las definiciones estándares de los grupos étnicos y por lo tanto pueden considerarse como unidades básicas de algunos tipos de pluralismo. Por ejemplo, Gordon (1964) emplea la frase, "pluralismo estructural" al referirse a la condición sociológica dominante en los Estados Unidos de hoy. Para él el pluralismo estructural es la separación estructural de los grupos en base a raza y religión, cuyos elementos están ciertamente entre los que forman la "etnicidad". Gordon (1964: 159) luego identifica a la "etnicidad" como "un sentido de "genticidad".

Marden y Meyer (1968:24) dicen: "Etnico" es un término que subraya el ethos cultural (valores, expectativas, conducta) de un grupo y que antes, con mucha propiedad, se limitaba a los grupos cuyas características culturales constituyen el factor distintivo básico. " Shibusani y Kwan (1965:47) consideran que "un grupo

étnico está constituido por aquellos que se conciben a sí mismos como semejantes en virtud de su común ascendencia real o ficticia, y quienes son considerados en esa forma por los demás." Barth ha señalado que hay muchas clases diferentes de sociedades poliétnicas, y enfatiza especialmente que "Nada se gana con endilgarle a estos varios sistemas la etiqueta cada vez más vaga de "sociedad plural"... "Barth (1969:17).

En este trabajo hablaré sobre una sociedad poliétnica, la República Dominicana, y presentaré datos para mostrar cómo los elementos de la etnicidad y la clase social se entrecruzan y se relacionan con la cultura en general.

Los términos Casta, clase y grupos étnicos son nombres que se dan a distintas clases de segmentos sociales. Es claro que cada uno de estos tipos tiene una estructura interna diferente, y probablemente también difieren con respecto a su función en el mundo social general del cual forman parte. Por otro lado, también es claro que los tres tipos de segmentos tienen mucho en común. Así pues, en los tres, las unidades básicas están ordenadas jerárquicamente y están también internamente estratificadas. Por ejemplo: en la India el segmento Brahmin no sólo está en la cima del sistema de casta, sino que sus miembros tienen *status* desiguales entre ellos. Es cierto, desde luego, que las variaciones internas de *status* dentro de los dos primeros tipos se ordenan probablemente a lo largo de un continuo, mientras que los grupos étnicos pueden estratificarse en clases distintas. Asimismo, las unidades de los tres pueden distinguirse unas de otras por las variaciones dentro de la cultura. Aunque Smith (1965) ha especificado que las variaciones institucionales deben ser consideradas como los criterios distintivos primordiales para determinar los segmentos de una sociedad plural, estoy de acuerdo con Barth (1969:13) en cuanto a que las instituciones pueden variar dentro de cualquiera de los segmentos debido a presiones ecológicas y por lo tanto no pueden utilizarse como características definitorias.

Por otra parte, estos tres tipos de segmentos tienen dentro de sí mecanismo que mantienen sus límites y que sirven para perpetuar su existencia y la sociedad que ellos crean al combinarse. De los muchos mecanismos posibles que existen, hay algunos que parecen ser casi universales. El primero de ellos se relaciona con las reglas del matrimonio y sus expectativas, es necesario un cierto grado de endogamia para perpetuar el grupo a través del tiempo. Probablemente la mayoría de los observadores estarían de acuerdo también en que

hay aprobación religiosa explícita o implícita de los límites de los grupos mismos. Esto se manifiesta a menudo a través de ritos periódicos que afirman y refuerzan la separación y la solidaridad interna de cada grupo. Finalmente, siempre existen ciertos símbolos por medio de los cuales se conoce cada grupo y se reconocen a sus miembros.

Así, parece que los mecanismos mantenedores de los límites, tan importantes para Barth y otros, son similares o aún más idénticos en todos estos segmentos sociales. Ciertamente, si dirigimos nuestra atención a los límites mismos— i. e., a los tipos de constreñimientos que operan sobre la conducta y sobre las reglas que gobiernan las relaciones entre los diferentes segmentos, es difícil o imposible distinguir conceptualmente entre ellos. Aunque en los ejemplos clásicos de sociedad plural descritas por Furnivall (1945), Smith (1965), Deprés (1969) y otros, los grupos étnicos y las clases tienden a ser congruentes y los mecanismos mantenedores de los límites son fuertes y suficientemente rígidos para crear lo que algunos *cientistas* sociales llamarían una relación de casta, en la República Dominicana la situación es bastante diferente. Allí las clases sociales misma están entrecruzadas por variaciones de “etnicidad”, y un grupo étnico está asimismo subdividido en clases.

Podemos identificar en el presente un número de diferentes grupos étnicos en la República Dominicana, muchos de los cuales llegaron hace sólo una generación, o a lo más, dentro de los últimos 100 años. La primera población era predominantemente caucásica, con unas cuantas personas de descendencia africana. Es probable que ambos grupos se hayan mezclado hasta cierto punto con los nativos indios taínos, aunque los fenotipos actuales muestran muy poca evidencia de esto (Alvarez 1951). Sin embargo, una encuesta cultural que se hiciera en el país actualmente revelaría la presencia de chinos, japoneses, judíos alemanes, americanos¹, italianos, españoles, canarios, cocolos procedentes de varias islas, libaneses, y finalmente (y quizás en el mayor número) haitianos. Algunos de estos forman grupos distintos y hasta corporados, mientras que otros meramente retienen lo que llama Gordon “el sentido de la genticidad”. Hay también otros grupos nacionales más pequeños que tienden a fusionarse con uno u otro de los grupos arriba mencionados debido a su exíguo número.²

Cada uno de estos grupos tiene un sentido de identidad y *comonalidad* basados en el reconocimiento de un origen común

además de diferencias culturales que no comparten los demás grupos. Algunos, como los japoneses y los judíos alemanes, están territorialmente aislados y por lo tanto están limitados en su interacción con los demás grupos por este factor. Casi todos los demás grupos se hallan en las ciudades, excepto los cocolos y los haitianos que viven en las plantaciones del sudeste, algunos haitianos también viven a la largo de la frontera dominico-haitiana. Sin embargo, no hay prohibición que restrinja la movilidad física de ningún grupo, y es posible encontrar a sus representantes en cualquier parte del país. Así, es posible encontrar a puertorriqueños y a libaneses en muchas áreas rurales, y muchos judíos alemanes, originalmente establecidos en un área agrícola en la costa norte, se han casado con dominicanas y ahora se pueden encontrar en varias ciudades del país, especialmente en Santiago y en Santo Domingo.

Se puede observar una organización jerárquica entre estos grupos, con los europeos en la cúspide, seguidos de cerca por los norteamericanos (con la excepción de los puertorriqueños) y con los haitianos en la parte más baja. La asimilación de los diferentes grupos varía considerablemente. Se puede decir que los japoneses, los chinos, y los judíos tienen el menor grado de asimilación, mientras que los canarios y otros españoles, los italianos y los libaneses están muy asimilados y bien integrados en la cultura dominicana general.

Los cocolos y los haitianos también se han asimilado hasta cierto punto pero en una forma diferente que los grupos ya mencionados. En este punto debemos hacer una consideración de lo que es clase social. Como puede esperarse del ordenamiento que de los diferentes grupos étnicos se ha hecho, hay unos que tienden a asimilarse en los sectores elevados de la sociedad dominicana, mientras que otros, como los haitianos, se asimilan sólo en los estratos más bajos. Sin embargo, los sectores bajos de la sociedad dominicana tienden a desdenar la cultura haitiana y a los haitianos mismos, y algunos son extremadamente prejuiciados y sienten temor por todo lo haitiano.

Para explicar el grado de odio hacia las personas de esta nacionalidad y ascendencia, sería necesario referirse a gran parte de la historia dominicana, tarea que está fuera del tema de este trabajo; el lector interesado puede leer un trabajo reciente de Logan (1968) que es un trabajo moderno sobre este tema. Basta con decir por ahora, que ha habido numerosos hechos de violencia entre las dos naciones a través de un largo período, siendo el más reciente la masacre de 15,000 haitianos realizada por órdenes de Trujillo en 1937. Hay

muchos dominicanos que creen que Trujillo hizo lo correcto con esta acción, estas personas alegan que los haitianos son sanguinarios caníbales, endemoniados, y malos y envidiosos por naturaleza. Ellos reconocen que la nación haitiana está superpoblada y además es extremadamente pobre, y creen que los haitianos los ahogarían si se les permite infiltrarse. Sin embargo, un análisis de la cultura dominicana demuestra que hay muchas similitudes con la cultura popular de Haití. Es probable que algunas de estas características se remonten a contactos muy remotos cuando ambas naciones eran todavía colonias, pero también hay evidencias que sugieren la existencia de una infiltración continua de haitianos y de la cultura haitiana, que son absorbidos por algunos, aunque no todos de los sectores de la clase baja: hay también indicaciones de que algunos dominicanos jóvenes, especialmente intelectuales, empiezan a tener una perspectiva diferente de la historia de la Isla, y que la ocupación haitiana de la porción oriental (dominicana) de la Isla puede reinterpretarse como un esfuerzo fallido, pero loable, de unificar la Isla para repeler a las potencias coloniales (Cordero Michel 1968; Franco 1969).

En este trabajo, deseo evidenciar algunas de las formas en que el Carnaval de antes de Cuaresma refuerza efectivamente los límites de clase y de grupos étnicos en Santiago de los Caballeros, una ciudad con una población estimada de 125,000 en 1967 cuando se hizo estudio.³ No me detendré en la proveniencia de los diversos tipos de vestuario, motivos artísticos y demás, aunque parece probable que todas estas cosas tienen su origen en gran parte en la tradición popular de la Europa católica de los siglos 16 y 17, representada aquí en una forma muy atenuada.

Los planes y preparativos para el Carnaval de Santiago comienzan casi inmediatamente después de terminar la temporada de Carnaval anterior. La preocupación inmediata de casi todas las personas es la selección del disfraz que han de usar en las varias ocasiones sociales que han de celebrarse en el mes anterior a la Pascua. Durante unas cuatro semanas, y continuando con mayor intensidad y frecuencia hasta el Miércoles de Cenizas, hay bailes, juegos callejeros y máscaras en toda la ciudad de día y de noche. Miembros de la clase alta (y aquí incluyo a grupos que mucha gente ha considerado sectores medios en la sociedad latinoamericana) participan en el Carnaval casi exclusivamente a través de varias asociaciones a las que pertenecen. Estas incluyen especialmente los clubes sociales, algunos de los cuales tienen locales en los que se dan bailes.

En estas funciones, tanto los hombres como las mujeres, pero especialmente éstas, llevan trajes de disfraz que requieren grandes gastos, preparación y esmero. Además se lleva una conducta especial apropiada al disfraz para crear la mejor ilusión posible. Los informantes dicen que durante la temporada del Carnaval, las mujeres gozan de una libertad mayor que la que generalmente permiten las costumbres. Por ejemplo, la mujer, mientras lleva el disfraz, puede flirtear, invitar a bailar a los hombres, decir chistes, y sostener conversaciones que serían consideradas escandalosas en circunstancias normales. Hay varias leyendas sobre una prominente dama de la sociedad cuyo honor habría sido comprometido seriamente por su audaz conducta si su identidad se hubiera revelado. Los informantes dicen, sin embargo, que los tiempos están cambiando y que los disfraces de hoy difícilmente engañarían a nadie. Mucha gente asiste a las funciones vestida con ropa de calle, aunque una de las reglas es que las mujeres que no llevan disfraz no pueden bailar. Los hombres pueden hacerlo estén disfrazados o no.

Estos bailes se dan los viernes y los sábados por la noche durante un mes antes de la Pascua, y durante la última semana pueden darse todas las noches incluyendo el domingo. Los bailes se dan para los adultos, los adolescentes, y hasta para niños de tres o cuatro años en adelante. Los trajes de la clase alta son extremadamente elaborados, se confeccionan especialmente para la ocasión, y durante una temporada la misma persona puede que tenga que usar cuatro o cinco trajes para asistir a diferentes funciones. Los informantes me dijeron que es común gastar de \$50 a \$100 en un solo disfraz.

Cada año se selecciona una Reina del Carnaval por votación, para que supuestamente represente a la ciudad. Sin embargo, el club social principal de la ciudad auspiciada la elección, y las candidatas, aunque son elegidas por votación pública, son todas hijas de miembros del club. En efecto, este procedimiento asegura que la Reina del Carnaval sea siempre una representante de los sectores de la clase alta. Los gastos en que se incurre para ataviar a la Reina, corren por cuenta de la familia, siendo éste un factor más que limita las candidatas a los sectores pudientes, por supuesto.

Otra costumbre es la formación de pequeños grupos de bailes, conocidos como comparsas. Estos grupos, con o sin dirección y auspicio comercial o del club, actos basados en un motivo alguno, que son presentados durante los bailes en los clubes, en presentaciones públicas en las calles y en el estadio y en la televisión.

Estos se asemejan a las secuencias de cantos y bailes que se presentan en las escuelas secundarias y en los colegios universitarios en los Estados Unidos y probablemente en otros países. Como un ejemplo: uno de esos grupos fue presenciado por la autora en el invierno de 1968. Consistía en diez parejas vestidas con trajes de bailes al estilo del siglo 18; las mujeres llevaban pelucas empolvadas al estilo Pompadour, los hombres estaban vestidos de negro con trajes que parecían *tuxedos*, y las parejas realizaron un baile elaborado y formal con la música del Vals del Aniversario.

Otra comparsa, no tan popular pero ejecutada con mayor destreza, consistía en un grupo de adolescentes vestidos como *hippies* americanos. Ambos sexos llevaban pelucas de cabellos muy largos, los hombres barbas falsas y otro tipo de pelo facial, y las mujeres flores que caían sobre la cara. Entraron fumando cigarrillos (presumiblemente representando marihuana); dos de los componentes bailaron un *pas de deux* sexualmente sugestivo, mientras los demás simplemente permanecían echados en el suelo aparentando estar aburridos. Escritos en la ropa y en varias partes del cuerpo aparecían los *slogans* "Haced el amor, no la guerra", "Paz", "Amor", etc. Es importante hacer notar que esta comparsa no fue escenificada en el club social más exclusivo de la ciudad sino en otro de un *status* social un poco menor. Es probable que habría tenido más aceptación si se hubiera presentado en el primer club, que tolera mejor las ideas y la conducta de *vanguardia* cuando se hace en "aras del arte". Hubo una marcada falta de entusiasmo en este medio más de "clase media" como lo evidenciaron los escasos aplausos que tuvo esta comparsa al terminar su actuación, mientras que las otras fueron premiadas con entusiastas aplausos, gritos y exuberancia general.⁴

Aunque para las clases altas las actividades del Carnaval están concentradas en los clubes sociales, el aspecto más visible del Carnaval se lleva a cabo en las calles y en los parques. Es costumbre que los niños y los hombres de 6 a 60 años aparezcan en las calles vestidos con un traje altamente estilizado durante el mes anterior a la Pascua. Una persona vestida en esta forma es conocida con el término *lechón* (cerdo). Esta ropas que los cubren de pies a cabeza, consisten en trajes monos holgados de satén. El atuendo es decorado con campanas, cintas, gallardetes, y espejitos circulares. Frecuentemente, el traje es hecho de dos colores— la mitad del cuerpo de un color y la otra de otro color, dividido a lo largo— A veces el cuello es extendido en forma de capucha y cuelga por la espalda hasta la mitad de la pantorrilla. Un capuchón cubre la parte de atrás

de la cabeza y la cara se cubre con una máscara hecha de alambre y *papier maché* (caretas). Las hay que representan el hocico de un cerdo o de un toro y tienen largos cuernos hacia arriba y hacia adelante que llegan a tener una extensión de dos pies.

Para los propósitos del Carnaval, la ciudad observa una división en mitad que incluye un barrio en la parte baja de la ciudad (i.e., el barrio más cercano al río) y un barrio en la parte alta, siendo éste mucho menor en términos de población. Los trajes que llevan los miembros de estos dos sectores son idénticos excepto las caretas. Las del barrio de la parte alta tienen cuernos elaborados con pequeñas protuberancias como si fueran espinas, mientras que las del barrio de la parte baja tienen cuernos lisos. Dentro de este marco general, se estimula la variedad individual, y los resultados son a veces espectaculares. Los lechones deambulan por las calles de los barrios y por el centro de la ciudad. Unos pocos se llegan hasta los sectores donde vive la clase media, pero muy raramente visitan los barrios o las casas de la oligarquía, excepto cuando son invitados específicamente por personas que desean que los *lechones* aparezcan en una fiesta o en cualquier otra función.

En años anteriores se escenificaba una batalla simulada entre las dos facciones opuestas, el día antes del Miércoles de Ceniza. En esta batalla, que se hacía siempre frente a la puerta del cementerio, participaban miembros de los dos grupos de *lechones* y era presenciada por miembros de las clases bajas y las clases altas. Tradicionalmente las armas eran látigos, pero en años recientes se han usado cuchillos tipo estiletos y dagas. En la temporada de 1965 resultó muerto un hombre en una de estas batallas. Se me aseguró que los contendientes estaban bien familiarizados con el arte del combate a cuchillo y que la muerte no pudo ser accidental. Varios de los informantes dijeron sin rodeos que el homicidio tuvo matices políticos. De todos modos, debido a este incidente, se han prohibido las batallas por parte de las autoridades y éstas no se realizaron en 1968. Haciendo abstracción de las implicaciones políticas que esta batalla pudo haber tenido en 1965 los científicos sociales estarían prestos a reconocer el simbolismo de la solidaridad interna operando aquí. Aunque los barrios tienen nombres— y en el caso del barrio de la parte arriba tienen reputación de aislacionismo, fuerza de carácter y desdén por la política— hay poca evidencia que indique competencia o lucha por el predominio entre estos dos sectores de la ciudad.⁵ Es obvio sin embargo, que hay un fuerte orgullo al identificarse con su barrio.

En este punto, debo hacer a notar que toda la actividad relacionada con los *lechones*, incluyendo la confección de los trajes, es realizada por hombres. Las mujeres pueden ayudar a los jóvenes a coser los trajes, pero esta actividad es meramente un servicio complementario. Así pues, para el observador femenino, muchas cuestiones quedan sin contestar, y sólo puedo esperar que alguien eventualmente recoja más datos. Aunque no pude determinar parámetros claros por medio de los cuales poder distinguir al grupo de los *lechones* de otras gentes pertenecientes a la clase baja, es claro que no todos los miembros de esta clase participan de esto. La evidencia sugiere que hay una tendencia a que sean los hombres más jóvenes los que participan más de lleno en estas actividades, pero por otra parte, el líder de una de las facciones era un hombre que estaba en los cincuenta. Se dijo que este hombre había tenido esta posición por más de 20 años.

También es posible que los hombres con mayor inclinación política participen en mayor grado, pero no tengo realmente evidencia sobre esto aparte del homicidio referido anteriormente. Lo que parece más probable, sobre la base de los datos presentes, es que este aspecto de la actividad de los *lechones* refleje un énfasis en el machismo como lo evidencia el derroche que se hace de fuerza personal y osadía. Los combatientes, como representantes de sus respectivos barrios, personifican la competencia de estas unidades sociales. En otro sentido, las competencias entre los barrios, al individualizar a ambos del resto de la ciudad y al mismo tiempo, al representar a un todo, sirve para reforzar la identificación con la clase social de los contendientes.

Mientras recorren la ciudad, algunos *lechones* llevan largos látigos con los que amenazan a los transeuntes y a otros *lechones*. Lo más común sin embargo es que lleven vejigas de vaca infladas con los que se golpean unos a otros y las que parecen ansiosos de usar para golpear a los curiosos. A los niños les encanta este aspecto del ritual y siguen a los *lechones* a una distancia conveniente, insultándolos con unas rimas tradicionales.

Mientras los *lechones* recorren las calles la gente les ofrece tragos de ron o de cerveza, en ocasiones les dan comida y dinero. Algunos informantes dicen que el dar dinero es una práctica bastante reciente y que no es del verdadero espíritu del Carnaval. Sin embargo, algunos *lechones* hasta detienen a los carros en las calles extendiendo las manos a través de las ventanillas para que les den dinero. Un

informante que trabaja en una compañía productora de bebidas era constantemente asedido por *lechones* que le pedían botellas de ron gratis. Durante un recorrido de una hora, el informante firmó cinco vales que autorizaban al portador a recibir una botella de ron en cualquier tienda y que sería pagado por la compañía.

Todos los *lechones* que vi llevaban unos numeritos cosidos en la espalda de los trajes. Luego me enteré de que todo el que se disfraza para recorrer las calles tiene que registrarse en la Estación de Policía, donde a cada persona se le asigna un número. El Comandante de la Policía me permitió examinar el libro de inscripciones, del cual copié las edades y las direcciones de 422 *lechones* que se registraron en la temporada de 1968. Al examinar las direcciones sobre un mapa de Santiago vimos que las direcciones se concentraban en el barrio bajo de la ciudad, que es exclusivamente de clase baja. Aunque había unas pocas direcciones en otras partes de la ciudad, especialmente en el barrio de la parte arriba que mencioné antes, su distribución seguía las áreas en que se hallan viviendas subestandar que se ubican frecuentemente aún en áreas de la clase alta. 188 *lechones* se hallaban entre los 6 y los 18 años de edad, mientras que 234 tenían más de 18 años. De estos últimos, 141 tenían más de 30, y otros 71 se habían registrado sólo como *adultos*. Un dato interesante es que sólo 22 personas se identificaron como teniendo entre 18 a 30 años.

Tanto la Policía como otros informantes dijeron que el registro era necesario porque algunos individuos disfrazados podían cometer crímenes y su identidad no podría ser jamás conocida. Por lo tanto se piensa que el registro le permitiría a la Policía identificar al que llevaba cualquier número señalado por una persona a quien hayan atropellado o robado. Cuando pregunté qué podía evitar que un individuo anduviera sin su número o con un número que no le correspondía, se me dijo que ambas cosas podían ser arriesgadas. Por otra parte, un *lechón* que no llevara ningún número estaría muy limitado en su movilidad porque podía ser detenido por la Policía en cualquier momento. Por otro lado, si se ponía un número perteneciente a otra persona, esto podría ser descubierto por otros *lechones*, y el mismo grupo podía dirigir a la justicia el infractor.

No conozco de ningún caso de este tipo de acción de grupo entre los *lechones*, pero es interesante señalar su creencia de que tal acción se podría tomar. No conocí a ningún *lechón* que se quejara del procedimiento del registro. Era más bien considerado como una

protección que, según piensan, les sirve tanto a ellos como a la Policía.

Probablemente es significativo hacer notar, en relación con el registro de los *lechones*, que las clases bajas son, en gran parte, víctimas de intimidación por parte de la Policía y por las autoridades gubernamentales y de cualquier otra índole. Aunque es tentador atribuir esta a una aquiescencia medular que se deriva de una generación de represión bajo Trujillo, en realidad hay muchas evidencias de que es todavía peligroso provocar a las autoridades, que no titubean en emplear la fuerza física para controlar a cualquiera. Es claro que este aspecto tiene muchas implicaciones, pero solamente quisiera señalar en este punto, que gentes de las clases bajas, aunque disfrazadas pueden ser identificables de todas formas. Por otra parte, los individuos que se ponen disfraces que no son de *lechón* pueden ser y de hecho son alentados a permanecer tan anónimos como sea posible y sin que se les exija registrarse. Estos últimos son siempre, como es natural, gente que pertenece a la clase alta, aunque también es cierto que ellos no deambulan por las calles.

El simbolismo del *lechón* ocurre en muchas ocasiones como algo sin gran significación. Por ejemplo: en el club social de la clase alta, es común que los muchachitos se vistan de *lechones*. En realidad, este es quizás el disfraz más popular entre los varones. Por otra parte, ningún adulto en estos medios se disfraza así, aunque se usan figuras de *lechones* de tamaño natural para decorar el salón de baile. En el club social de segunda clase no había nadie vestido de *lechón*. Cuando le pregunté a mi anfitrión si este disfraz se usaba alguna vez, pareció sorprenderse y me dijo que la gente de su clase no se vestía como los *lechones*, ya que esta es una forma "popular" de disfrazarse— "cosa de los barrios", según su propia expresión.

Por otro lado, el *lechón* es exaltado por miembros de la clase alta. Abundan poesías concernientes a este festival y existe un pequeño Museo Folklórico sostenido con financiamiento privado, que realiza un concurso para los que confeccionan caretas todos los años para la época de Carnaval.

En 1968 asistí a una reunión íntima en el Museo (a la cual sólo se podía asistir por invitaciones), en cuya reunión se anunciaban los ganadores del concurso. Las creaciones se vendían rápidamente a buenos precios; los compradores eran miembros de la clase alta y extranjeros. Otras creaciones se añadían a la colección permanente

del Museo. Los premios, donados por comerciantes e industriales, eran de 75 pesos para el ganador del primer premio y hasta de 25 pesos para las menciones honoríficas. Cuando pregunté si los propios artistas se hallaban presentes se me informó que ellos nunca asistían a esta función pero que sí estarían presentes en la entrega de premios que se efectuaría en el Estadio una semana después.⁶

Era significativo el hecho de que los fabricantes de caretas eran todos de la clase baja pero que su actividad era patrocinada y alentada por miembros de la clase alta, quienes de esta forma participan directa y recíprocamente, manteniendo y ayudando a la tradición de los *lechones*. Parece claro que las varias actividades carnavalescas hacen resaltar las fronteras entre las clases sociales, imponen restricciones a la conducta de cada quien y regulan las relaciones entre los miembros de los diferentes segmentos.

Es de mucha importancia también subrayar que las diferencias entre los grupos sociales altos y los secundarios, tal y como las representan los dos clubes mencionados, son diferencias de grado solamente. La diferencia entre estas dos y el grupo que participa en la actividad de los *lechones* debe considerarse más bien como una diferencia de especie, es decir, la individualidad en los disfraces, la formación de comparsas, la participación tanto de hombres como de mujeres (especialmente de estas últimas), la celebración de bailes con antifaces y el patrocinio de las actividades de los *lechones*, caracterizan la participación de la clase alta. Había diferencias en la elaboración de cada una de las cosas mencionadas, pero estas diferencias se debían en su mayor parte, si no exclusivamente, a diferencias económicas entre adinerados.

Sin embargo, la participación de la clase baja se limitaba en gran parte a la participación de los hombres que se vestían de acuerdo a un motivo básico, la creatividad individual se concentraba en las caretas, cuya elaboración ha sido elevada a la categoría de un arte. Parece probable que el patrocinio de la clase alta haya sido un factor importante en esta práctica. También los miembros de esta clase tenían que registrarse en la Policía, realizaban actividades estilizadas en las calles, solicitaban bebidas alcohólicas y dinero de los transeuntes y residencias y realizaban batallas simuladas (y reales algunas veces) con miembros de un barrio tradicionalmente rival. Todas estas actividades tienden a definir, ilustrar, y reforzar juicios de valores relativos a las costumbres y la conducta de las personas de la clase baja. Durante el Carnaval no sólo se conceden ciertas

licencias, sino que tales actividades son de hecho exaltadas, elaboradas y alentadas, dando así validez a las divisiones de clase y manteniendo estas divisiones. Estos datos tienden a dar apoyo a la opinión de otros investigadores, tales como Leeds (1964) y Adams (1967), de que la realidad de la América Latina se aviene, en muchas ocasiones, a un modelo de sociedad que sólo tiene dos clases más que a uno que postula la existencia de una clase media definida. El problema de las clases sociales vs. grupos étnicos puede ahora examinarse en el contexto del Carnaval. Aunque mis datos relacionados con los *lechones* están lejos de ser completos, no tengo evidencia que indique que entre ellos había representantes de japoneses, chinos, norteamericanos, judíos, libaneses, o de otras identificaciones étnicas "extranjeras", que hayan sido evidentes por los apellidos registrados. Los japoneses, aunque pertenecen a la clase baja, no viven en la ciudad. Por otra parte, aunque están representados en la ciudad, son pocos, si es que los hay, los chinos, los americanos, o los judíos que pertenecen a las clases bajas. Sobre la base de su integración cultural, el único grupo que uno podría esperar ver representado lo constituyen los libaneses, que se han asimilado bastante bien a la cultura general dominicana y que están representados en todos los niveles sociales.

Quiero subrayar que a pesar de la diversidad étnica existente en la República Dominicana estas actividades carnavalescas están limitadas en gran parte a la porción de la población que pudiéramos caracterizar como "dominicanos nativos". Debe señalarse que en los últimos 100 años hubo un continuo flujo de extranjeros, mucho de los cuales se casaron con dominicanas y se integraron totalmente con los nativos. Este influjo se evidencia en la clase alta, que incluye a belgas, holandeses, franceses, americanos, venezolanos, cubanos, alemanes, italianos, españoles, ingleses y de otras nacionalidades. Este

influjo también ocurrió en los bajos estratos de la sociedad, que ha aumentado especialmente por la presencia de haitianos y negros cocolos. Muchos de éstos llegaron a la República Dominicana como cortadores de caña migratorios y se quedaron aunque ilegalmente. Otros simplemente se infiltraron a través de la frontera dominico-haitiana y se esfumaron en la población general.

Hay evidencia de que la cultura general dominicana ha sido modificada en algo por estas incursiones. Los europeos y los americanos han introducido nuevos alimentos, técnicas comerciales y hasta avances agrícolas tales como irrigación y nuevas siembras.

Muchos de éstos fueron hábiles inversionistas; fundaron empresas e industrias que hoy constituyen la espina dorsal de la economía.

Al otro extremo de la escala hay numerosos paralelos con Haití. Los alimentos de la clase baja, la cultura material (casas, empalizadas, canastos, sillas de montar, etc.) , y creencias sobre lo sobrenatural. Exhiben notorios parecidos.

En otro trabajo traté de demostrar cómo la estructura de la familia se amolda sensiblemente a las presiones económicas (González 1969). Junto a las diferencias de riqueza manifestada por *status* diferentes dentro de la estructura económica, la estructura de la familia y otras variaciones institucionales, se constituyen en los criterios para diagnosticar diferencias de clase social. No se necesita postular diferencias culturales y de cosmovisión para explicar estas variaciones institucionales.

El contenido cultural atraviesa las clases sociales precisamente porque éste varía independientemente de la estructura social. De este modo es de esperarse que en cualquier sistema sociocultural habrá algunas prescripciones comunes cognitivas y de conducta que trascienden las clases sociales. Por otra parte, en los casos en que ocurren o parecen ocurrir diferencias en cultura entre las clases sociales, es obligación del cientista social tratar de explicarlas.

En este trabajo he presentado datos sobre el Carnaval en la República Dominicana en un intento de demostrar cómo diferentes clases sociales participan en la misma fiesta de maneras totalmente diferentes, reafirmando, de este modo, el complejo cultural visto como un todo, pero reforzando al mismo tiempo, el mantenimiento de las fronteras entre las clases. Aunque el considerar esta participación diferente en el mismo festival como evidencia de diferencias culturales, es una empresa intelectual legítima, enfocar esto aquí no me parece necesario o útil. Leach (1967) y Lewis (1965) han hecho este tipo de interpretación al asignarles diferentes configuraciones culturales a diferentes clases sociales de una misma sociedad. Yo sugiero que puede ser más pertinente considerar la organización social de la participación en sí misma. En esta perspectiva, las diferencias de conducta que se perciben pueden deberse a diferentes perspectivas y a las expectativas sobre el papel de cada quien, que se le imponen a cada individuo, como miembro de segmentos sociales diferentes. Todos participan de la misma cultura, lo que necesariamente limita el marco de conducta en la forma

necesaria para obtener un óptimo apoyo recíproco y consiguientemente el mantenimiento del sistema. Es obvio que la definición y el mantenimiento de las fronteras entre los subsistemas —en este caso, entre clases— se halla implícita en lo dicho arriba. De este modo, lo que a veces parece constituir diferencias culturales resultan comprenderse mejor si se les considera como variaciones en los patrones institucionales.

El mismo complejo cultural, sin embargo, puede coadyuvar en la individualización de los grupos étnicos. Aunque la asimilación puede medirse con más facilidad empleando otros criterios (Gordon 1964:70), para la sociedad poliétnica misma, tales símbolos pueden ser indicadores importantes no sólo del nivel de aculturación sino de la clase social a la que el individuo se ha asimilado.

Los datos presentados aquí deberán ayudar a aclarar el problema de cómo clasificar a la República Dominicana en relación con los conceptos de “sociedad plural” por una parte, y de “polietnicidad” por la otra. Con respecto a lo primero, es verdad que una pequeña minoría, identificada tanto por “etnicidad” como por *status* social, ocupa los estratos más altos de la estructura de poder. Sin embargo, este grupo, considerado como clase social, no es institucionalmente distinto, como he tratado de esbozar arriba. Más bien varias clases sociales participan de modos recíprocos en los mismos patrones institucionales del Carnaval. Por otra parte, la participación en el Carnaval sí parece separar a los “dominicanos nativos” de otros grupos étnicos —especialmente en las clases bajas.

Sin embargo, la “polietnicidad” observada en la República Dominicana, parece más bien ser una función de tiempo más que de cualquier otro factor, pues el sistema sociocultural dominicano permite la incorporación inmediata de nuevos elementos culturales y de inmigrantes en todos los niveles. Como tal, carece peculiarmente de una tradición cultural única; lo que ha ocurrido es que ha tomado prestado de muchas culturas. Yo había notado este rasgo en otro trabajo (González 1970) y he calificado a esta sociedad como “neotérica” —esto es, una sociedad que se ha adaptado a vivir al margen del mundo moderno. Depende económicamente de ese mundo industrial, sin embargo no tiene poderes para controlar ni siquiera su propia posición dentro de ese mundo. En tales circunstancias, es de esperarse que se desarrollen instituciones que funcionen para proteger y mantener bien definido al segmento en relación con la totalidad, y servir de parachoque a estos segmentos

dependientes. En el aspecto político, la dictadura de Trujillo puede considerarse como el hecho que realizara esta función. En el aspecto sociocultural, el Carnaval se convierte tanto en un símbolo del sentido de "genticidad" para los dominicanos, como en un mecanismo para mantener este sentido.

NOTAS

¹El grupo americano se subdivide a su vez, en puertorriqueños y continentales. En general, los primeros están más integrados y en algunos casos, tienen lazos familiares con dominicanos que se remontan a dos o tres generaciones. Aunque muchos dominicanos tienen ciudadanía americana, están clasificados aquí como dominicanos *culturalmente*.

²Un ejemplo lo constituye el grupo descendiente de esclavos americanos, que ahora vive en la Península de Samaná en la República Dominicana (ver a Hoetink: 1962).

³Los resultados preliminares del Censo de 1970 fueron publicados en *El Caribe* del 15 de julio de 1970, pag. 10. Según esto, Santiago tiene actualmente una población de 155, 151 habitantes.

⁴Es interesante señalar que este grupo fue luego invitado a actuar en el club social principal, y el año siguiente, un grupo del otro club hizo una comparsa con un tema similar.

⁵Factores históricos, no relevantes para los fines de este trabajo, son responsables de la división original.

⁶Desde 1969, los fabricantes de caretas asisten a esta función, en la que los que no han ganado premios, venden sus caretas a personas de la alta sociedad, aumentando así el carácter comercial del evento.